

CAPÍTULO VII.

ESPAÑA Y SU ESTADO AL ARRIBO DE COLÓN.

COSA difícil, por todo extremo difícil, imposible casi, decir los años de la vida de Colón transcurridos en Córdoba, en Granada, en Huelva, en Palos, en la Rábida, en Sevilla, sitios recorridos, y aun habitados por él con seguridad, pero sin que pueda fijar el cronólogo la fecha exacta de su estancia en varios, y quizás en los más importantes. Desde luego le movió para su ingreso y fijación en España la idea de que tal empresa, como la suya, no podía prosperar sino con la copia de recursos disponibles por un Estado poderosísimo, y llegó en requerimiento de tal Estado á España, muy ordenada y engrandecida en aquella sazón por el sabio gobierno y la luminosa política de los Reyes Católicos. Vino, pues, á España en 1485, y estuvo en España preparando su invención desde tal año, salvo una corta excursión á Lisboa, hasta 1492, en que inició y comenzó el primero, y por tanto el más glorioso, de todos sus viajes. Lo que pedía, lo que necesitaba, lo que por todo extremo le urgía y le apremiaba en aquellos primeros meses de su apartamiento del reino lusitano, era encontrar otro monarca no tan felón para él como su aparente amparador y traicionero enemigo el Rey engañador, cuyos embus-

tes y perfidias le arrojaron de ciudad por él tan preferida como la mercantil y náutica Lisboa. Un Estado rico, un monarca poderoso, un potentado con resolución y con oro: he aquí lo por él buscado en una especie de magnética hipnotización, pues tocaba en el seno de su fantasía la tierra prometida como de bulto y de relieve, sin poder abordarla por carencia de algunas entre tantas y tantas naves como dejaban podrir en sus puertos los poderosos del mundo. La Señoría de Génova, el Consejo de Venecia, los reyes principales del Occidente de nuestra Europa, frustrada la empresa en Portugal, pasábanle de día por los ojos abiertos y de noche por los insomnios perdurables. En cuanto se veía contrariado, empleaba una frase de las calificadas en el vulgar lenguaje nuestro con el nombre de muletilla: «Entregaré, decía casi por máquina, mi descubrimiento al Rey de Francia.» Y bajo la presión de tales ideas, en el mismo año de su arribo aquí, envió el hermano suyo Bartolomé Colón al Rey de Inglaterra en demanda y requerimiento de auxilio para su obra. Bartolomé, como Cristóbal, pertenecía por su vastísimo saber á los cosmógrafos, y por su mucha industria y por su arte consumado, á los pilotos mejores de aquel siglo, participando así de la ciencia, pero no de la prestancia material y de la inspiración espiritual que distinguían y elevaban á su hermano, superado sólo en cualidades segundas, como la simulación en los negocios públicos á veces indispensable, como la sagacidad profunda y como la fina constante astucia. Pero el sacrificio y el martirio han de acompañar por necesidad, dadas la contingencia y limitación nuestras, á todos los esfuerzos redentores; y Bartolomé cayó en manos de corsarios, andando larguísimo tiempo de forzado remero por aguas y costas varias, sin logro de prosperidad ninguna y con mucho sufrimiento. Mas, al comenzar del 88, tres años después del arribo á España de su hermano, llegó Bartolomé á Londres y trazó con figuras más ó menos fantásticas, en coloreado mapamundi, las tierras adivinadas y prometidas, valiéndose para explicarlas de maca-

carrónicos versos, compuestos en lengua latina, como á guisa de un compendio donde se invocaban, en corroboración de lo allí contenido, autoridades como la del rey Tolomeo, del geógrafo Estrabón, del naturalista Plinio, del sabio San Isidoro, todos contestes, aunque por modos muy diversos, en profecías idénticas á las tantas veces anunciadas por los desoídos y menospreciados Colones. Enrique recibía frecuentemente á Bartolomé, y se holgaba con escucharlo atento, pero cuidando mucho de no desesperarlo; aunque si bien se proponía mantener sus esperanzas, no se proponía cumplirlas. Obstabán toda resolución dos circunstancias concurrentes en el Monarca, una externa y otra interna, siendo, á saber, la externa, el mucho cuidado que le daba la necesidad imprescindible de impedir la resurrección de los antiguos combates entre la casa de York y la casa de Lancáster, mientras la interna, su voraz codicia. Así venía por la real dialéctica de los hechos demostrándose cómo no lograban jamás ni el talento, ni la constancia, ni la penetración, alcanzar por sus medios subalternos y segundos lo reservado á la fuerza y al poderío del genio. En mal hora llegaba el buen Bartolomé á la corte de Inglaterra y en peor hora el gran Cristóbal á la corte de nuestra España. Los Reyes Católicos habíanse hallado desde su ascensión al trono hasta el año 88 entre el martillo y el yunque. Antes no los dejó vivir el Rey de Portugal, D. Alfonso V, con sus guerras casi civiles por la consecución del trono de su sobrina la Beltraneja, y no los dejó vivir el Rey de Francia, Luis XI, manteniendo á la continua con ellos una guerra extraña y obligándolos á defenderse contra pertinaces asechanzas en todos sus dominios; y luego á estas porfías y guerras con los vecinos de Oriente y Occidente uníanse los últimos coleteos del monstruo feudal, suelto desde la exaltación de los Trastamaras al trono, y reanimado á los golpes mismos que le asestaba el poder monárquico, rehecho por los nuevos monarcas, á la cabeza. En Galicia, el feudalismo agrícola y terrateniente se les resistía y sublevaba con la persona del

Conde de Lemus, mientras en el territorio andaluz un feudalismo guerrero, por tantos y tan valerosos nobles representado, se les anteponía en el camino de Granada, y les contradecía su autoridad propia, y les disputaba su propio ministerio con algo peor que la hostilidad para unos reyes deseosos de recabar todos sus fueros, con la gloria.

No bien establecido el poder real á la llegada con sus pretensiones y con sus proyectos del insigne piloto; ni bien domada la nobleza, que había corrido á su grado el territorio de Castilla en una tromba de asaltos y en un ciclón de guerras; ni bien aquietados los inquietos vecinos en armas, que parecían oponer un asedio continuo á las dos coronas reunidas en tan excelsa matrimonio; ni bien asentadas las diferencias entre las fuerzas monárquicas y las fuerzas feudales congregadas en los campos andaluces contra los últimos nazaritas; Colón debía encontrar á su proyecto invencibles obstáculos, así en estas inquietudes como en la irremediable absorción de todas las actividades y de todas las ideas por la granadina guerra y en los gastos enormes consiguientes á tan colosal empresa. Luego, dada la indeterminación todavía subsistente del principio monárquico en su lucha con el principio feudal, así como no hacía más que comenzar el ejército regular, no estaba, ni comenzada, ni siquiera concebida, la regularidad en los tributos, siendo cosa imposible preverlos y menos aperebirlos á ningún grande objeto y á ninguna lejana empresa. Para que nada faltase á la dificultad enorme del debido logro en tan audaz propósito y en tan complicado proyecto, no existía una capital fija. Los Reyes iban á Santiago, Sevilla, Segovia, Córdoba, Medina, Barcelona, Toledo, Madrigal, Pinto, Madrid, según que lo pedían sus deberes; más no se fijaban en parte ninguna. De aquí la imposibilidad completa en que debía Colón encontrarse de acercárseles y manifestarles todo su proyecto, y menos de recabar ninguna promesa, por vaga y por incierta que fuera. En el mismo año de la llegada del descubridor habían los Reyes fundado, para la consecución de la deseada unidad monárquica,

tribunal como la Inquisición, al fin de recabar la unidad católica, no sin haber topado con resistencias tales que llegaron á ensangrentar iglesias como la Seo de Zaragoza, donde la plebe inmoló á un inquisidor en el sitio mismo consagrado luego á prestarle culto de mártir. Y así como en tal año establecieron la Inquisición los Reyes Católicos en requerimiento de la unidad católica, juraron extirpar del suelo patrio el retoño último de la dominación musulmana. ¡Triste coincidencia! ¿Como en el empeño soberano de fundar sobre tantas razas la unidad religiosa, y sobre tantos feudos la unidad monárquica, y contra los moros, tan valerosos todavía, la unidad nacional, pudiera prevalecer un pensamiento cual este pensamiento de Colón, brillando, estrella única, entre aquellas ráfagas y aquellos relampagueos de verdadera tempestad? Así pueden explicarse los tristes y oscuros días y aun años subsiguientes á la llegada entre los españoles; así que pareciese con su aire triste una especie de aparecido; así que las facciones de su rostro delatasen á su alma como un alma en pena del otro mundo; así que al verlo absorto en una idea, flojo y desceñido con el descuido impuesto por la desesperación, errante por las encrucijadas de las calles y por los claustros de las catedrales, yéndose unos días á Córdoba y otros á Sevilla en requerimiento de tal gentilhomme ó de cual poderoso eclesiástico, siempre fuera de sí, las gentes le designaran á una con el dedo y lo creyeran loco. Su mirada parecería, según lo fijo de aquella su absorción en sí, hacia dentro volverse; su frente se asombraría con las nubes prendidas de sus hondas arrugas y evaporadas de sus hondísimos desengaños; temblarían á los golpes eléctricos de las emociones más trágicas aquellos nervios que debían sonar más tarde como un arpa en las creaciones de Dios; sonrisas extrañas pasarían por sus labios agitados y palabras incoherentes exhalaría su pecho herido; una fiebre, la fiebre más letal, aquella de la inspiración proviniente y por los profetas comparada con carbones encendidos, haría hervir á su sangre y achicharrarse á sus fibras,

mientras la inquietud perdurable, los desasosiegos connaturales al combate diario, las hieles derramadas en todo el cuerpo suyo por los insomnios, el recelo de morir sin mostrar cuanto había de cierto en sus fines y de fundado en sus esperanzas, daríanle un aspecto diabólico, al cual alzaríanse alrededor suyo aprensiones tantas y tristezas tales, que le huirían como á un apesado y á un leproso las gentes, creyendo ver la desgracia y la maldición en su sombra.

CAPÍTULO VIII.

AMORES DE COLÓN EN CÓRDOBA.



YENDO á Huelva el infeliz, y á Sevilla, y al Puerto, y á Córdoba, crecería su desasosiego con lo nómada y errático de su vida, como con el aumento de los años y de los desengaños, aumentaríase lo intenso de su desesperación hasta constituir semejante afecto, capitalísimo en él, una segunda naturaleza ó complexión. Así, llamaba con doblados golpes á todas las puertas conforme iba temiendo que se le abriesen las pesadas é inevitables de la eternidad y lo encerrarán en el perdurable silencio con su desconocido secreto. Bajo tal superstición, expedía emisarios, importunaba conocidos y deudos, iba en pos de cuantos marinos habían bogado un tanto lejos de las costas, requería de los pilotos más expertos noticias y de los frailes más reclusos ideas, en una exaltación vecina de la demencia y acrecentada por el discurso de sus años, muy de prisa corrientes hacia la cercana vejez. Quizás la tristeza lo hubiera consumido, y á la muerte arrastrado con seguridad, de no haberlo poseído pronto la pasión de las pasiones: el amor, ese amor de la madurez, menos desordenado é intenso por sus apariencias que los amores de la juventud, pero mucho más poderoso y de mayor influjo sobre las varias virtualidades del alma y